

III.

LA PRISION.

La señora marquesa de Urgel habitaba un segundo piso de una casa decente en apariencia, situada en la calle de Santa Margarita, precisamente frente á la prision militar.

Segun la opinion de las gentes del barrio, era una viuda de una fortuna bastante regular, pero que no se conducia cual debia y cual necesitaba la fama de su nombre. Tenia sin embargo una habitacion soberbia y un carruaje.

No salia nunca á no ser para cumplir sus devociones, como una castellana de buena sangre, y tambien por la noche, á veces á la hora en que acos-

tumbran abrirse los salones. Pero como nunca recibia á nadie, no se suponía que pudiera tener muchas relaciones.

Todos convenian en que era una de las mujeres mas bellas de Paris.

Su sobrina, linda niña de diez y seis á diez y siete años, de rostro dulce y enfermizo, vivia mucho mas retirada. Apenas se le veia salir dos ó tres veces y nunca á pié.

En las raras ocasiones en que la marquesa la llevaba consigo, iban cuidadosamente echadas las cortinillas del carruaje.

Pero en esto no habia el menor misterio; consistia únicamente en la débil salud de la jóven, que necesitaba estas precauciones.

Decíase en efecto que la pobre niña se moria de languidez.

La que pasaba por sobrina de la marquesa era Blanca de Penhoel.

Blanca estaba en esa casa desde hacia un mes. Con las semanas pasadas en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, hacia mas de dos meses que habia salido del castillo, y sin embargo, estaba persuadida de que iba á volver á los brazos de su madre.

Los caracteres débiles y crédulos son lentos en desesperar.

Lola, corazon frio en un cuerpo de fuego, no era propiamente hablando ni mala ni buena. La indiferencia con que miraba todo, la habia hecho co-

30126

meter en su vida muchas acciones culpables; pero la iniciativa del mal no estaba en ella.

Trataba á Blanca con bastante dulzura.

Tal vez no era por piedad. La hemos visto proseguir tranquilamente la ruina de un hombre que la adoraba, y esto sin poner el mayor empeño, y como pudiera haber ejecutado la acción mas buena y sencilla. Faltábale el sentido moral; en el fondo de su conciencia no hablaba ninguna voz.

Estas naturalezas, negativas en cierta parte, pululan en torno nuestro. Únicamente que como nada puede romper el inerte equilibrio que las retiene entre el bien y el mal, les basta la menor cosa para hacerlas entrar en el rebaño de la gente ordinaria, que no infringen ley alguna esencial y viven tranquilamente.

Son gentes honradas, negativas, pasivas, por mejor decir, inútiles para sí mismas, sin individualidad, sin valor propio, haciendo únicamente número y constituyendo la inmensa mayoría.

Pero la menor enseñanza perversa, ó hasta la falta de ésta, porque la debilidad humana tiene su inclinación al mal, puede lanzarlas para siempre en otro camino.

Entonces son instrumentos de vicio ó de crimen, pasivos también, pero terribles frecuentemente á causa de eso mismo.

Por lo demás, Blanca veía á Lola una sola vez al día cuando mas. La pretendida marquesa le decía entonces algunas palabras de su madre, que siem-

pre estaba á punto de llegar para llevársela consigo á Bretaña.

Blanca no tenía idea de lo que era la mentira.

Podíase engañarla sin que se cansara en sospecharlo.

Habia en casa de la marquesa una doncella de virtud dudosa, pero buena muchacha en el fondo y de carácter servicial, que habia cobrado afecto á Blanca.

¡Era tan dulce la pobre niña y se quejaba tan poco! Teresa la doncella la acompañaba, cuidándola al propio tiempo.

Pero Teresa tenía dos ó tres adoradores entre la juventud estudiosa del barrio; Blanca se quedaba sola con mucha frecuencia, y entonces se apoderaban de ella vagas tristezas.

Recordaba á Penhoel, donde se habia deslizado entre caricias su infancia. ¡Dios mío! ¡Cuánta felicidad y cuán adorada era! Creía ver la venerable fisonomía del tío Juan, que le sonreía como en otra época.

Al despertarse buscaba siempre las miradas de su madre.

Y Diana y Elena, sus primas queridas, tan complacientes, tan buenas, tan prontas á adivinar sus deseos y menores caprichos.

Cuando volviera al castillo despues que la hubiesen ido á buscar, encontraría en él al tío Juan y á su madre; pero Diana y Elena habian muerto.

Ellas, tan bellas, tan llenas de salud, de fuerza,

de juventud! Ellas, cuya alegría franca y feliz habia envidiado tanto su prima Blanca!

¡No estarían allí! Dios las habia llamado á sí. Y Blanca lloraba, pensando en que iria á arrodillarse entre sus pobres tumbas detrás de la iglesia de Glenac.

¡Y Vicente! ¿Lo encontraría en el castillo? No sabia esplicárselo; pero entre los recuerdos que visitaban su soledad el mas asiduo era el de Vicente.

Pensaba en él casi tanto como en su madre.

La desgracia enseña. En medio del reposo tranquilo de Penhoel hubiese tardado aún mucho tiempo la niña en ser mujer; pero en aquella estancia solitaria en que tan tristes trascurrían sus dias, trabajaba con libertad su corazón.

Amaba no con aquella amistad dulce del primer amor. Era amor.

Cada vez que su pensamiento se fijaba en el porvenir, encontraba en él á Vicente compartiendo con ella los placeres como las penas.

No le parecia posible que pudiera faltarle nunca Vicente. Sobre esto no hacia pregunta alguna. El compañero natural de su destino estaba allí.

¡Pobre Vicente! Hacía mas de ocho meses que habia salido del castillo de Penhoel, arrancando á la niña algunas lágrimas discretas. ¿Qué habia sido de él? Durante ese largo plazo no habia habido noticias suyas; ¿si le habria sucedido alguna desgracia?

A esta idea sentía Blanca que se quedaba frio su

corazón. El valor que le quedaba la abandonaba. Desaparecía casi para ella el porvenir.

Las cosas habian cambiado mucho durante esos ocho meses, y habia nacido el amor en medio de la ausencia.

La tristeza que se habia apoderado de la pálida frente del Angel de Penhoel, no era únicamente hija de la idea de estar separada de las personas que queria.

Habia en ella una inquietud confusa que tenia su origen en el sufrimiento físico. El mal que sobre ella pesaba no tenia nombre para su ignorancia. No lo conocía; pero era mujer, y á veces se encendía en su imaginación una sagaz luz.

Cuando se conmovían sus caderas, cuando sentía interiormente un estremecimiento, hacia un esfuerzo para revelarse el instinto que Dios pone en el corazón de una madre.

A veces Blanca, arrodillada, llena de dolores, suplicaba á Dios que le quitase una idea que era una blasfemia.

Escusado es decir que Lola, Teresa y nuestros tres caballeros habian descubierto desde hacia mucho tiempo su estado. La señora Marta por lo demás habia dado la primera idea á Roberto en la conversacion que habian tenido juntos durante el baile de la noche de San Luis bajo la torre del Primogénito.

Roberto habia ido mas lejos. Sabia á qué atener-

se acerca de las estrañas circunstancias de aquel embarazo.

Y como era hombre que se aprovechaba de todo, habia hecho entrar la ignorancia de la jóven madre en los cálculos de su partida.

Pero la inocencia de Blanca era tan manifiesta tan radiante, que á veces dudaba Roberto.

Bastaba esto.

Habiase dicho: si efectivamente la muchacha es vírgen de corazon y víctima de alguna diablura, represento el papel de diablo y me coloco en la posicion de caballero generoso que repara noblemente su falta.... ¡Pardiez!.... Reconozco mi hijo y me hago el modelo de los padres.... Si por el contrario, la chiquilla está representando una farsa, porque todas son unas cómicas consumadas.... si ha tenido en Penhoel el capricho de tener un amante, soy aun mas generoso y cargo con la falta del culpable... Doy á la cándida criatura, no importa cuál de los nombres ilustres que llevo.... me caso y recibo con mi traje de boda las lágrimas de placer de toda una familia.

Suponiendo siempre que el tal tio americano no nos haga la estupidez de no venir.... porque como se llegue á quedar en el camino, es cosa segura que se la juego de puño.

Roberto habia obrado en consecuencia de este razonamiento, y ya sabemos de qué manera cumplia Lola sus órdenes.

De manera que el Angel conservaba su ignorancia. Nadie le habia dado nunca lecciones.

Pero por discreta que se pueda ser, hablan los hechos, y en presencia de la evidencia tienen su elocuente significacion los indicios.

Lola no podia contener siempre sus miradas, y los ojos de Teresa decian muchas cosas al fijarse en el engruesado cuerpo de la jóven.

Para que Blanca continuara rechazando las vagas sospechas que la asediaban, era preciso el apoyo de su conciencia virginal y la pureza limpia de sus recuerdos.

La estancia que habitaba en la casa de la marquesa daba á la calle, porque no se la trataba como prisionera, y su angelical dulzura hacia superflua toda precaucion.

Si se hubiera querido tomar precauciones tampoco estaba mal escogida su habitacion, porque en el otro lado de la calle no habia en efecto ninguna ventana desde donde se pudiera espiar la soledad de la jóven.

Al menos tal era la apariencia, puesto que la ventana de Blanca daba á aquel espacio vacío que se encuentra detrás de la puerta lateral de la posicion militar.

Desde el interior de su habitacion veia únicamente las accesorias de la Abadía y el perfil de la fachada interior de la prision, es decir, algunos barrotos de hierro salientes de la muralla.

Pero á causa de esta misma posicion no podia ver y podia ser vista.

Y en efecto, detrás de una de las ventanas que defendia una sólida reja, habia un prisionero cuyos ojos permanecian fijos en ella durante una gran parte del dia.

Blanca lo habia visto una ó dos veces en el momento en que los rayos del sol, penetrando en el interior de la prision, iluminaban á plomo su rostro. Pero no habia podido distinguir sus facciones porque entre sus miradas y el prisionero habia gruesos barrotes de hierro.

Además, no tenia la imaginacion bastante libre para entregarse á una curiosidad vana.

Como su alma era buena, solia pedir á Dios por el prisionero.

Esto era todo.

El prisionero al contrario, se ocupaba de ella sin cesar.

Tenia en su poder la hoja de un cuchillo que le habia servido para limar los hierros. Todas las horas de la noche las pasaba en este penoso trabajo; pero desde que se abria la ventana de Blanca lo suspendia; adelantaba la cabeza ávida y parecia que su alma volaba hácia la jóven.

Durante horas enteras permanecia en contemplacion delante de ella, y á veces, cuando la frente de Blanca se apoyaba mas triste sobre la mano, inundábanse de lágrimas los ojos del prisionero.

Con mas frecuencia aún habia intentado llamar

la atencion de la jóven, bien llamándola por su nombre, porque lo sabia, bien agitando sus manos á través de los barrotes.

Pero su voz se habia perdido entre los cánticos de los demás cautivos, y en cuanto á sus señales, Blanca no las advertia, ignorando que le fuesen dirigidas.

El preso se llamaba Vicente de Penhoel.

En esa casa encontrábase la pobre Blanca sin saberlo rodeada de todas las personas que amaba.

Vicente, á quien llamaban sus lágrimas, podia verla llorar; algunos pasos y dos ó tres muros la separaban de su madre, que ella pedia á Dios diariamente en sus fervorosas oraciones....

Vicente habia llegado hasta Paris, bien á pié, bien en la carreta de algun pobre carretero, en fin, como habia podido.

De Redon hasta Rennes le habia sido fácil seguir las huellas de los raptores. En Rennes habia adquirido en las administraciones de diligencias la prueba de que Blanca se encontraba en el camino de Paris.

Los que la llevaban habian cambiado desde entonces de nombre, y Vicente no podia adivinar en ellos á los antiguos huéspedes de Penhoel.

¿Pero qué le importaba?

Adquirida una vez la certidumbre de que Blanca estaba en Paris, no calculó Vicente ni sus recursos ni sus fuerzas. Se lanzó al camino como si

hubiera esperado alcanzar al carruaje, que le llevaba de ventaja veinticinco leguas.

Del dinero del nabab le quedaba ya muy corta cantidad. Lejos de poder pagar un asiento en la diligencia, no tenia ni aun con que vivir durante el viaje.

No pensaba en esto.

Correr, correr, alcanzar á los infames que le robaban á Blanca, hé aquí únicamente lo que le ocupaba; pero el entusiasmo se cansa, y desde Rennes á Paris hay muy cerca de cien leguas.

Mas de una vez durante el camino se vió obligado Vicente á mendigar un albergue y un pedazo de pan.

Mas de una vez se detuvo rendido por la fatiga ó por la necesidad.

El camino se prolongaba delante de él hasta perderse de vista y se le inundaban los ojos de lágrimas.

Al fin llegó.

¡Oh! ese gran Paris no le asustó.

A los primeros pasos pensaba encontrar indicios. Se decia: Correré todas las calles, entraré en todas las casas, visitaré los menores rincones. Encontraré!... encontraré!...

Como dormia estenuado de fatiga sobre un banco de los bulevares, encontró la misma tarde á un gendarme, curioso por estado, el cual interrumpió su sueño para pedirle su pasaporte y preguntarle su nombre.

El pobre Vicente habia empleado seis dias en trasladarse desde Rennes á Paris, seis dias de lluvia y de polvo. Con corta diferencia estaba como nuestro amigo Bibandier en la época en que el noble baron no era mas que general de bandidos en las malezas de Ille-et-Vilaine. Olia á vagabundo desde una legua.

A la peticion del gendarme se quedó muy turbado; pasaporte no tenia, y su desercion despues del desgraciado duelo de Madera no le alentaba mucho para manifestar su nombre.

Como dudaba el curioso gendarme, le invitó políticamente á que le siguiera. Vicente quiso huir; esto le perdió. El agente se puso en comunicacion con algunos otros que se ocupaban en tomar el fresco por casualidad, y el pobre Vicente tuvo un albergue.

Encontrábase con que la relacion del comandante de Madera habia llegado hacia poco tiempo al ministerio de marina. Las oficinas acababan de terminar sus trabajos y la policia tenia notas muy recientes.

Vicente intentó mentir, pero era un oficio nuevo para él; le asediaron á preguntas y se cortó. La prision de la Abadía le abrió sus grandes puertas hasta el momento en que el consejo de guerra decidiera su suerte.

Hacia siete semanas que estaba encerrado.

Durante la primera mitad de ese pesado tiempo se habia apoderado de él el mas completo desalienta-

to. La idea de Blanca perdida, de Blanca á quien no podía intentar socorrer, le asesinaba. Quería dejarse morir. Pero un día que intentaba entrever á través de los barrotes de hierro de su celda un rincón de aquella inmensa ciudad donde tal vez Blanca sufría abandonada, la única ventana que pudo distinguir en el lado opuesto de la calle se abrió repentinamente, asomándose á ella dos mujeres.

Tan grande y profunda fué su sorpresa, que estuvo para caer desmayado.

Una de esas dos mujeres era Lola, la otra Blanca.

Lanzó un grito de alegría y asomaron las lágrimas á sus ojos. Después sacudieron sus crispadas manos los sólidos barrotes.

Quería precipitarse.

Llamaba.

—¡Blanca!... ¡Blanca!...

La jóven no oía, pero se quedó á la ventana. Vicente la vió á la mañana siguiente en el mismo sitio; al otro día la volvió á ver.

Vivía allí.

¡Cuán cambiada estaba, pero siempre bella!

Vicente la amaba mil veces mas que en los tiempos de felicidad.

Y todas sus ideas se dirigieron desde entonces á un solo objeto, huir para acercarse á ella, huir para protegerla y salvarla.

Recobró su valor; redobláronse sus fuerzas.

¡Oh! si hubiera cambiado con Blanca una palabra, solamente una señal....

Su trabajo hubiera ido con mucha mas rapidez. Pero entre la jóven y él se elevaba el mismo y difícil obstáculo. La pobre hoja mellada que la casualidad habia puesto entre sus manos, se gastaba frotándose contra el hierro. La empresa marchaba con lentitud. Pero Vicente no se cansaba y la obra adelantaba un poco cada día.

Cortado una vez el barrote ¿qué debía hacer? No lo sabia.

A la gracia de Dios.

Esa noche, mientras que el preso trabajaba sin ruido y probaba que su hoja entraba toda entera en el hierro del barrote, velaba Blanca también, presa de los dolores mas vivos.

Estaba sola. La marquesa de Urgel habia dejado la casa al anoecer para asistir á la fiesta del nabab, y Teresa, aprovechando la ocasion, habia dedicado la noche á alguno de sus estudiosos amantes.

Blanca estaba vestida sobre su lecho. Sentíase mas adolorida de espíritu y de cuerpo. Sordos dolores desgarraban sus caderas, y su boca exhalaba débiles quejidos á que no respondia ninguna voz.

El ruido de la calle disminuía poco á poco. Las tiendas se cerraban; no se oía mas que á raros intervalos el rodar de los carruajes retrasados.

Nadie entraba en casa de la marquesa.

La pobre Blanca tenia miedo.

Conocia que las fuerzas le iban á faltar para sufrir y ofrecia su alma á Dios, pensando que iba á sonar la última hora de su vida.

Acudia la fiebre acompañada de visiones agradables ó terribles. El Angel veia en torno de su cama á todos aquellos que amaba; pero estaban pálidos y tenian los ojos llenos de lágrimas.

Blanca se decia:

—¡Muertos! ¡muertos como voy á morir yo!

E intentaba orar. Las palabras de la oracion se mezclaban en su boca.

No podia.

Aterrorizada llamaba, y su cambiada voz en medio del silencio la asustaba mas.

Hacia la una de la mañana la fatiga, mas fuerte que el sufrimiento, cerró al fin sus ojos. Durmió el sueño del cansancio.

Teresa volvió, y luego la misma marquesa.

Blanca no la oyó.

Su sueño, que nada habia podido turbar, fué sin embargo interrumpido cerca de las cinco de la mañana por un repiqueteo diabólico que daban en la puerta de la casa.

Blanca despertó sobresaltada.

Llamaban á la puerta; hacian sonar el aldabon y llamaban á gritos al portero.

IV.

UN PAR DE CALAVERAS.

El ruido que habia turbado el sueño de la pobre Blanca provenia de la puerta, cuyo aldabon, agitado con rapidez, producia un repiqueteo del infierno.

Acababan de tocar las cinco de la mañana en San German de los Prados. Es el momento en que las parejas de porteros, mecidas en su mejor sueño, roncan intrépidamente y sueñan el delicioso paraíso de la pequeña propiedad.

Obstinábanse en llamar y un silencio profundo reinaba en la portería.

Pero los huéspedes parecian gente dispuesta á